

Capítulo II

Las monumentales puertas de piedra labrada se abrieron. Dieron paso a la claridad del sol que se filtraba por los ventanales de la estancia del sumo sacerdote. Los caballeros que lo custodiaban le empujaron hacia el interior de la estancia.

- Entra Eithem, te estaba esperando... - la voz de Walroe sonó hueca y distante, a causa de la amplitud de la habitación- Después de tanto tiempo, al fin estás aquí. Pensé que jamás volvería a verte con vida - a pesar de sus palabras no había entusiasmo en ellas -.

- Sí, maestro – dijo mientras lo conducían hasta el escritorio.

Las vistas desde la torre eran magníficas; a lo lejos se podía divisar el mar. Al llegar, su superior le indicó que tomara asiento sin apartar la vista de sus manuscritos y le ordenó a los paladines que abandonaran la estancia. Su rostro estaba surcado por multitud de arrugas. No lo recordaba tan avejentado. Tenía el pelo y la barba más canos.

- Tengo delante de mí las declaraciones y confesiones de alguno de tus colaboradores – se encaró a él por primera vez desde que había entrado.

Su mirada penetrante parecía atravesar la carne. Aún así, Eithem sostuvo su mirada. Mantuvo la compostura en espera de su expulsión y que se hiciera efecto su entrega al Tribunal de Guerra. Respiró hondo.

- Entonces no hay nada que yo pueda añadir o decir en mi defensa, maestro...

- Eithem, no funciona tu gesto *imperturbable* conmigo, te conozco demasiado... sabes perfectamente de qué te estoy hablando y las consecuencias de tu estupidez – el tono de su voz se fue endureciendo y aumentando en volumen a medida que el sacerdote entraba en cólera- ¿No te dije expresamente que no siguieras adelante?, ¿qué no tomaras partido? ¿qué no siguieras los pasos del sabio Daensk?

- Sí maestro, me lo había dicho... – Walroe se levantó con ímpetu del sillón- pero con el duque Bernark esta locura no va a terminar, debía apoyar al bando que me parece, señor, por justicia el mejor.

- ¿Eso es lo que crees?... lo que yo creo es que deberías ser más humilde y obedecer a tu sumo sacerdote y maestro – su voceo le taladraba los oídos, mientras Walroe paseaba por la estancia. Estaba en un juicio y sería condenado culpable- ¿Quién te ha hecho pensar que eres el único destinatario de la voluntad divina? Si he llegado a donde estoy es porque sé que es lo mejor para todos nosotros... Yo, como Shedom¹ tengo una visión mucho más amplia que cualquier integrante de la Orden. Hay muchos factores que a ustedes como subordinados se les escapan. Posibles consecuencias que ni tan siquiera podéis vislumbrar – hizo una breve pausa para que su discípulo tomara conciencia de lo que acababa de decirle-.

- Maestro, como un Shaidaren² de Aindhe que soy, también tengo poder de decisión propia –la ira contenida que se había acumulado durante todos esos

¹ Sumo sacerdote de la Orden de la diosa Ashed.

² Sacerdote que está al frente de un dominio o diócesis.

días, amenazaba con desatarse de un momento a otro - Después de asumir todos los riesgos, los demás componentes del grupo y yo decidimos tomar partido. ¡No podemos cruzarnos de brazos mientras el pueblo sufre a causa de la guerra, el hambre y las epidemias! No tengo tanta sangre fría, ni estómago para resistirlo...

- ¿No pensaste que tu *sabia decisión* nos afecta a todos? Claro que sí, y te dio absolutamente igual que nuestra jerarquía se viera comprometida seriamente. ¡Yo soy el Shedom, mi voz es unánime y extensible a toda la Orden! No aceptaré ninguna disensión, ni cuestionamiento de mi autoridad en su seno - Walroe le dio la espalda. Respiró hondo, tomándose unos minutos para calmarse, mientras su discípulo aguardaba en silencio. Cuando decidió hablar, bajó deliberadamente el tono de su voz, haciéndola mucho más pausada - En cuanto a tu ocupación... De eso deseo hablarte. He decidido degradarte de tu rango -dijo sin más preámbulos-. A pesar de que no mereces tanta conmiseración, no te entregaré a los hombres del duque. Supongo que es por que todavía eres muy joven - lo miró de nuevo con un rictus amargo - y mi discípulo predilecto. Fue un error hacerte Shaidarem, eres demasiado irresponsable e impresionable para detentar semejante poder, e intentaré subsanarlo. De ahora en adelante volverás a tu antigua ocupación, bajo mi estrecha vigilancia - Eithem escuchó la noticia atónito- me has decepcionado profundamente.-

- ¿Y los doctores de la Taon³?... - nunca había tenido el favor del consejo de Ancianos.

-¡Quieres dejar de cuestionar mi autoridad, Eithem! Te estoy intentando salvar la vida. El Consejo no sabe aún todos los detalles de lo sucedido, no sabe que tú eras uno de los principales instigadores... -había confundido el origen de la pregunta. No era disconformidad sino extrañeza. Walroe lo miró con crudeza cuando se puso enfrente de él cara a cara otra vez -si te sometieras a él, te aseguro que no hubieran sido tan benévolo. Este caso requiere tu expulsión de la Orden y sabes bien que Lexort, el capitán de los ejércitos del Duque, clama por vuestras cabezas. Pero he sido tu tutor y sé que dentro de unos años, cuando la edad haga mella en tu joven espíritu, serás un buen sabio... mientras tanto reflexiona sobre lo que has hecho. Te aconsejo que no optes por desobedecerme nuevamente, sería muy peligroso y ya no podría hacer nada más por ti. ¡A dónde iremos a parar! -Sus ojos parecían expedir llamaradas - Ahora no podemos permitirnos perder aliados. Sobre todo en estos momentos que Bernark ha sitiado a los partidarios de Roam en las tierras del Norte al caer Aindhe.

Eithem paralizado no sabía qué hacer ni qué decir. Walroe le brindaba una salida a su delicada situación. Sin embargo, aceptar su ayuda sería apoyar las decisiones del Shedom, todas y cada una de ellas sin rechistar. Tragarse el orgullo y ser degradado. O marchar al norte para unirse a la resistencia, que pocas posibilidades tenía ya de conseguir la victoria... o ir al exilio.

-Puedes retirarte - cuando Eithem estaba a punto de cruzar la puerta oyó del interior de la estancia a su superior- ¡Por cierto, no busques a los demás integrantes de tu grupo; han sido ejecutados por insurrección por los hombres del Duque! Eran los únicos que sabían de tu traición aparte de mí, por suerte, y no te delataron. Espero que hagas honor a su lealtad y no cometas la estupidez de optar por morir inútilmente.

Las puertas se cerraron tras de sí, dejándolo a oscuras. Lentamente se

³ De la ley y los libros revelados.

dirigió a las escaleras, escoltado por los guardias. La rabia y la tristeza se entremezclaban en su interior. No quería llorar. Eran lágrimas de impotencia...

- *“¡Qué contradicción!”* Pensó; quería ser un hombre y lloraba como un niño.

¿Cuántas vidas habían sido necesarias sacrificar para mantenerlo con vida? Sentía náuseas. ¿Cómo podría seguir en la orden con semejante sentimiento de culpa y mirar a los ojos de sus hermanos? Sería como decir a viva voz *“¡Sí, ellos murieron por creer en mí! Pobres ingenuos”*. Ese sería su castigo y el baremo por el que sería medido el resto de su existencia.

El tiempo había transcurrido lentamente para Eithem. Después de la derrota y asesinato de Roam, había sido claramente marginado de la carrera eclesiástica. Había caído en desgracia ante los ojos de los clérigos de su culto. Le habían degradado a su anterior ocupación, Dixeptaonis⁴ directo de Walroe, y desde aquel incidente, había sido confinado en el templo para su re educación.

En momentos de desesperación, llegaba a pensar que hubiera sido mejor aceptar la sentencia de muerte que tener que vivir con su conciencia, pero la realidad era que había sido un cobarde para aceptar el destino de sus compañeros y morir. No lo había hecho entonces y en esos momentos carecía de sentido.

En cambio, en otras ocasiones, estaba agradecido de que no lo hubieran expulsado de su hogar, de seguir existiendo...de que se le brindara una nueva oportunidad para enmendar sus errores. Era un mar de contradicciones irreconciliables.

Había pasado dos años desde la coronación de Bernark y se dirigía hacia la capital de Dassellnhom, bajo una lluvia torrencial junto con el hermano Pott, su nuevo maestro: el anciano sabio iba a asumir el cargo de Sacerdote de la corte real.

A ninguno de los dos le parecía una buena idea que Eithem le acompañara.

Para Pott, era un error, un factor incontrolable de la ecuación. La corte era un campo de intrigas y traiciones. No era muy descabellado temer que se descubriera las actividades de su nuevo ayudante durante la guerra de sucesión y que por su causa, fueran condenados a la pena capital. Empero la voluntad del Shedom se había cumplido. El anciano no entendía por qué Walroe se empeñaba con aquel joven rebelde e irrespetuoso con la jerarquía. No dudaba de que fuera su perdición si no lo mantenía vigilado.

Para el joven, por razones obvias, el nuevo cargo como ayudante era otro castigo cuyo fin era subsanar sus faltas. Condenado a convivir con las personas que encarnaban todos los defectos que él despreciaba y contra las que había luchado: la tiranía, el desprecio por la vida, la avaricia, la envidia...

Cuando el sumo sacerdote le dio a conocer su decisión de enviarlo a Laidan, le preguntó la razón de tal nombramiento, dado su pasado. Los miembros del consejo creían que era arriesgado, que no era la persona idónea para ocupar el puesto, y por una vez estaba de acuerdo con ellos. Sin embargo su superior no opinaba lo mismo.

“-Eres el único que puede hacerlo. El sabio Pott está delicado de salud y tú, por tu formación, eres el mejor sanador que tenemos inactivo. Y bien sabe la diosa que te va a necesitar...”

⁴ Discípulo de la Ley

- le dijo- ¿vas a impugnar una orden directa de tu Shedom?" No. No era una opción.

Walroe sabía que ya no sería capaz de revelarse, pues tenía pesado el corazón y los fantasmas del pasado rondaban sus sueños.

¿Por qué aceptó la orden del Shedom? Se recriminaba incesantemente. ¿Sería la necesidad de estima, el miedo a la muerte y a ser juzgado por su diosa, lo que se impuso a sus principios morales? Esa era la pregunta al porqué de su sometimiento, a su servilismo, a su necesidad de encontrar un hueco en el mundo donde fuera aceptado y apoyado.

Al desaparecer sus amigos y compañeros en aquellos días, los sentimientos de la infancia resurgieron con fuerza: no era fácil ser el “niño abandonado” de quien nadie esperaba nada.

En estas disquisiciones se sumía, mientras iba por un camino angosto que se había convertido en un barrizal a causa del temporal. Las ruedas del carro se hundieron en el fango y los mulos se negaban a seguir a delante. Eithem se apeó para ayudar a los soldados a tirar de las bestias que se negaban a continuar. Traían tablas de madera para poner debajo de las ruedas. Las otras carretas y carruajes estaban en similares condiciones.

-¡Quita de ahí, imbécil! -le gritó un soldado empujándolo.

Perdió el equilibrio y cayó en el barro. Se quedó sentado un instante, mientras el mundo giraba lentamente y sus sonidos se apagaban hasta no oír nada más que su propia respiración agitada y el latir de su corazón. Cuando se levantó, con los puños apretados, se dirigió al soldado causante de su caída con determinación y lo encaró. Por un momento se imaginó que lo golpeaba hasta que le pedía clemencia.

- Vaya, vaya con el sacerdote. ¿Quieres pelea? – su sonrisa burlesca le irritaba aún más.

-¡Eithem!- la voz de Pott se oyó a través de la tormenta – ¡regresa inmediatamente!- el grito le provocó un ataque de tos-.

-Eso, haz caso al anciano y déjanos trabajar.

Volvió al carro. Las carcajadas de los hombres de armas se oían por encima de los truenos. Tendrían para el resto del viaje un motivo de chanza y diversión a su costa. Al rato la caravana reanudó su camino, no exenta de numerosas dificultades.

Antes de que se fuera la luz del sol decidieron parar y descansar. Tenían la esperanza de que el amanecer de un nuevo día vislumbrara mejores condiciones climáticas.

El sonido del agua al caer acompañaba sus pensamientos. La tormenta no parecía amainar. La luz de los relámpagos se colaba en el interior del carro a través de la rendija de la entrada. Miró a Pott que roncaba sonoramente. Todo un milagro en esas circunstancias.

Oía débilmente las voces de los que estaban haciendo la guardia. Parecía que discutían, posiblemente por una botella de aguardiente. Desató una de las cuerdas que mantenían cerrada la lona para echar un vistazo.

Abrió lentamente para que no entrara de golpe el viento y la lluvia. La luz de los relámpagos iluminaba el cielo, lo suficiente para distinguir una figura

encapuchada que era llevada arrastras hacia el otro lado del campamento. Los soldados malhumorados lanzaban improperios que no logró entender:

-¡Deberías dormir!- de repente apareció de la nada, delante de él, uno de los guardias con cara de pocos amigos - ¡malditos sacerdotes!...

Prefirió hacerle caso no fuera que el vozarrón del hombre despertara a su superior. Amarró la cuerda pero dejando una ranura por la que poder observar discretamente. Ponía en duda que esos matones desaprovecharan una oportunidad para buscar camorra, tuvieran o no motivos para ello

Ese suceso, aparentemente cotidiano, le azuzó la curiosidad: no tenía constancia de que les acompañara otra persona en el viaje. Se suponía que transportaban mercancías y parte de los impuestos recaudados en la costa este de Dassellnhom.

-¿Qué ocurre fuera - dijo con voz soñolienta su compañero de viaje - que miras con tanto interés?

-La tormenta...- se acurrucó de nuevo debajo de las mantas sin decir nada más.

Los días se sucedían irremediamente unos tras otros. El viento había cesado y aunque la lluvia seguía haciendo acto de presencia, ya no era tan abundante. Estaba harto del barro, del dolor de espalda y de los miembros entumecidos. Cada jornada era tan monótona como la anterior.

La única distracción que tenía, además de sus libros, era observar las carretas que les acompañaban en el viaje. Desde aquella noche que supo que había otra persona en la caravana, vigilaba los movimientos de los soldados. Una de ellas estaba mejor custodiada que las demás. Al principio pensó que allí era donde guardaban la recaudación. Pero al observar detenidamente, se dio cuenta de que cada mañana y cada noche se acercaba alguien con un hatillo, posiblemente comida y agua, que retiraban horas más tarde.

Cuando pasaban por alguna población, se quedaban en las posadas, toda una bendición para sus pobres riñones y para su superior cuya salud empeoraba al pasar los días. Gracias al derecho de hospitalidad que poseía el ejército, no tuvieron que pagar ni un real. Sin embargo, esa misteriosa carreta estaba permanentemente vigilada. Si por casualidad, algún aldeano se acercaba demasiado era sacado a golpes de las intermediaciones. Pero nadie salía ni entraba en ella.

La carreta estaba cubierta, y desde fuera no parecía ser diferente a las demás. Estuvo varias veces tentado a preguntarle al hermano Pott si tenía alguna idea de quién pudiera ser la persona que viajaba con ellos, mientras le daba las hierbas medicinales. Prefirió no hacerlo.

Cuando quedaban siete jornadas de viaje antes de llegar a Laidan, al pasar por una pequeña ciudad costera, se unió a la caravana cinco hombres. Sus monturas eran magníficas. Cuatro de ellos eran caballeros de la elite militar; se podía ver en sus cotas de mallas, las armas que portaban y los emblemas heráldicos que lucían en su atuendo. El quinto vestía con ropas lujosas, aunque austeras. También iba armado. Pero lo único que llamaba la atención de aquel personaje era su capa negra, amplia y profusamente bordada con motivos

intrincados con hilo de plata, y que su cabeza, desprovista de pelo, estaba completamente tatuada.

El efecto que produjo en el resto de los soldados fue casi inmediato. No hubo más borracheras, ni discusiones en ese día, y presumiblemente también en los próximos. La disciplina y el silencio se impusieron. Parecía que por fin iba a disfrutar de tranquilidad hasta llegar al palacio real.

“El frío le entumecía los miembros. Sus manos estaban hinchadas, doloridas y manchadas. Entre sus dedos la cadena y el símbolo de la Diosa. Se sentía extraño y ajeno. La desesperación se había instalado en el mismo centro de su cuerpo. Le aprisionaba el pecho y le impedía respirar. La humedad de sus ropas le traspasaba la carne y se acomodaba en sus huesos. Tenía ganas de no ser más. Deseaba no tener que levantar la vista y enfrentarse a aquella terrible visión.

- *“Basta, por favor”, repetía una voz en su interior.*

La sangre había manchado sus manos, su olor, los llantos y los clamores de aquellos que iban a morir estaban grabados a fuego en su mente.

- *“No aguanto más” Sentía náuseas...*

Hombres y mujeres de diferentes edades yacían amontonados en el suelo, encima de un gran charco de limo y sangre. Sacerdotes de su orden revoloteaban como cuervos desteñidos entre los reos para que se resignaran a su triste fin.

- *Padre, ¿existe el infierno? - Una joven de ojos claros enrojecidos por el llanto le miraba. Parecía tan inocente debajo de aquella suciedad. Temblaba de miedo. Sólo se mantenía en pie porque estaba atada a una picota de pies y manos - ¡Ayúdeme, por favor, padre! No quiero morir.*

Le ardían los ojos. Estaban secos de tanto llorar. Su corazón estaba roto en pedazos. No hay mayor infierno que el que creamos nosotros mismos.

- *“No quiero sentir más. Aparta de mi este horror, Ashed” gritaba su conciencia.*

Miró a la condenada a los ojos para rezarle la última oración antes de ser degollada por el verdugo. Volvió a agachar la cabeza. Apretó los puños y los dientes al oír la expiración con un ahogado gemido, a la vez que le salpicaba la sangre”

Las arcadas despertaron a Eithem. Con la mayor rapidez posible desató las cuerdas de la entrada para poder vomitar fuera de la carreta.

A pesar de que había vaciado su estómago, las náuseas no cesaron. Lo único que parecía calmar su malestar era el frío, así que salió de la carreta sin darse cuenta de que casi no llevaba ropa encima.

El pasado siempre venía a él. No podía borrarlo de su mente. Se presentaba con pesadillas recurrentes.

Caía una fina lluvia. Se quedó un rato en pie mirando al cielo mientras las gotas de agua resbalaban sobre su cuerpo. Intentaba vaciar su mente. Dejarla limpia de culpabilidad, de miedo, de dolor...

En ese estado estaba cuando oyó unas voces no muy lejanas. Venía de la zona donde se situaba la carreta celosamente custodiada. Aguzó el oído para escuchar, y sin percatarse realmente de lo que estaba haciendo se fue acercando con cautela:

-¿Cuántos días lleva así?- era una voz grave y cortante la que se intuía a través de la lona. Fuera, justo en la entrada de la carreta, habían tres soldados; el resto seguramente estaría durmiendo -.

-Pues no lo sabemos con precisión, señor. Se ha negado a comer desde el principio. Lo único que hemos conseguido es que beba algo de agua – contestó uno de ellos con preocupación entre tartamudeos. Sus compañeros se mostraban muy nerviosos- hemos hecho todo lo posible para...

-Por lo que se ve, no lo suficiente. Está al borde de la muerte – en su tono no había rastro de enojo o cualquier tipo de emoción – poco se puede hacer ya.

-Pero, pero...- el que hablaba se tiraba de los pelos y miraba a los demás para buscar apoyo- no podíamos hacer nada más. Lo juro...

-Eso no importa ahora mucho ¿verdad? Pagarán con su vida. No lo dudéis – Eithem estaba tan cerca que podía ver la escena. Los soldados histéricos inculpándose unos a otros casi llegan a las manos -.

-¡Otra vez tú! – le gritó un hombre se había acercado sigilosamente por detrás. Él miró hacia atrás y pudo distinguir el brillo de la hoja de una espada. No se atrevió a moverse por si lo atravesaba con ella –Maldito sacerdote de mierda, siempre metiendo las narices donde no le llaman – las palabras del guardia alertaron a los demás que se giraron para ver qué ocurría. Al distinguir al intruso empezaron a caminar hacia él. Sus caras reflejaban ira. Eithem sabía que pagaría por la suerte de todos ellos. Seguramente le matarían para desquitarse. Cerró los ojos -.

-¡Qué pasa ahí fuera! – el hombre que estaba en el interior de la carreta se asomó un momento para enterarse a qué venía tanto alboroto -.

-Uno de los sacerdotes, mi señor. Lo he encontrado husmeando... - respondió el que lo había descubierto -.

-¿Un sacerdote? - sonrió – traedlo aquí inmediatamente – el guardia empujó al joven hacia delante. Sus compañeros le dejaron pasar - Quizás sus cabezas se mantengan encima de sus hombros por esta vez... - al ver más de cerca, vio al hombre con aquel tatuaje tan espectacular que bajó de la carreta y le escrutó con sus pequeños ojos – eres joven. Pero podrías servir – cuando llegó a su altura le agarró por el hombro. Su mano le recordó a unas tenazas. Parecía que se llevaba por ellas el poco calor que le quedaba en el cuerpo. Era algo más alto que él – como muera, no será la única persona que lo haga, ¿me entiendes? Entra. Si necesitas algo pídelo que éstos lo traerán - Eithem miró al interior escasamente iluminado por un farol. Entre las pieles había una figura inmóvil –.

-Necesito mis hierbas, mis ungüentos... -subió con dificultad. Estaba empapado y tiritaba de frío.

-Los tendrás –cerró la entrada instantes después. Oyó dar órdenes a los demás para que actuasen rápidamente, sin pasión; con una extremada indiferencia y frialdad.

Se calentó las manos, acercándolas a la vela del farol, antes de retirar las pieles y la ropa que cubrían a la persona a quien debía salvar. Las apartó con cuidado descubriendo el cuerpo exánime de una mujer.

Su piel tenía manchas amarillentas y el pelo sin brillo alguno. Le abrió los ojos. La pupila reaccionó a la luz, pero presentaba claros síntomas de anemia y

desnutrición. La delgadez de su rostro era extrema, tanto que los ojos parecían sobresalir de su cara además estar de ojerosos. En el torso sobresalían las costillas claramente marcadas así como los huesos pelvianos. El estómago parecía querer unirse con la columna vertebral. Sentía que respiraba leve y entrecortado:

-¡Qué se supone que debo hacer! ¿Un milagro? – miró a su alrededor.

Había un odre con agua. Intentó que tomara un poco, incorporando su cuerpo, apoyado en su regazo, y separando los labios con sus dedos. Fue inútil. La vomitó sin tan siquiera salir de la inconsciencia. Abrieron la lona. Era uno de los guardias que le traía su atillo con las hierbas, ungüentos y demás utensilios.

- Es inútil. Está más allá de mis posibilidades... - el hombre no quería escucharlo. En contestación emitió un gruñido que podía significar más o menos *“me importa poco lo que hagas, si muere me comeré tu corazón”* - tráeme agua hirviendo.

Era bastante evidente que dijese lo que dijese tenía que intentar lo imposible para traerla de nuevo a la vida. Seleccionó las hierbas que le parecieron más idóneas para paliar la deshidratación y poder conseguir que por lo menos su organismo aceptara los líquidos nuevamente.

Las trituró y le añadió el agua que le suministraría gota a gota. Pero sobre todo encendió unas varillas de incienso por que iba a tener que rezar mucho durante la noche a la diosa.

Mientras oraba, durante horas, le practicó un masaje con un aceite de diferentes hierbas, estimulando aquellos puntos que reactivaban el organismo (dándole más energía y vitalidad).

La oración se convirtió en un acto mecánico, dejó de ser consciente de las palabras que salían de su boca. La energía fluía a través de él desde su cabeza a todo su cuerpo. Notaba el hormigueo en las palmas de las manos que se extendía hacia los dedos con los cuales presionaba la carne de la mujer.

Cuando abrió los ojos la mañana estaba avanzada y el carro se movía violentamente a causa de algunos baches. No tenía recuerdos de en qué momento se había quedado profundamente dormido. Estaba en la misma posición que había adoptado para orar. Aún quedaba cierto aroma a incienso flotando en el aire. Inspeccionó a su paciente. Le tomó el pulso, observó sus ojos y su respiración. Todavía no había indicios de que hubiera mejorado, pero dentro de la gravedad por lo menos no había empeorado la situación; un pequeño consuelo.

Abrió la abertura con la mano para que entrara la luz y algo de aire. Todavía el cielo cubierto presentaba un aspecto amenazador, sin embargo, era el primer día en todo el viaje que no llovía.

Detrás de la carreta cabalgaban dos soldados que lo observaron con curiosidad en espera de que anunciara el esperado desenlace fatal. Al ver que no se pronunciaba, uno de ellos rompió la formación y se adelantó.

Al rato apareció otra vez con el hombre de la noche anterior montando un caballo soberbio:

-¿Vivirá?- su semblante era impenetrable. No se sabía que podía estar pensando. Empero estaba seguro de que su pregunta no albergaba preocupación.

Si la persona que estaba en ese carro era importante no lo demostraba. Sin embargo, se inclinaba a pensar que, por lo menos, tenía interés en que sobreviviera hasta llegar a Laidan- ¡contesta sacerdote!

- Aún es pronto para dar un diagnóstico concluyente. No ha empeorado, es lo único que puedo decir –lo único que obtuvo de respuesta fue un gesto de impaciencia – mi superior el sabio Pott, está en otro carro; necesita de mis atenciones. Su salud está resentida y...

- No te moverás de donde estás hasta que se sobreponga o fallezca. El otro sacerdote podrá continuar sin ti – dado el tono de su voz no cabía discusión alguna. A continuación hizo un gesto a los soldados para que se acercaran y se colocaran detrás del carro – si hay cualquier novedad comunicádmelo.

No tenía muy claro en qué calidad lo llevaban si de sanador o de prisionero. Quizás de ambos. De todas formas no tenía intención de averiguarlo.

En los días sucesivos la situación no varió en exceso. Por una parte entre los soldados se impuso la disciplina militar: no hubo más borracheras, ni excesos verbales, ni violencia... cumplían las guardias en silencio, estaban en todo momento en alerta y cuando hablaban entre ellos lo hacían en susurros. Fue entonces cuando se enteró de quien era ese misterioso personaje tatuado: su nombre, murmurado por sus inferiores entre las sombras alrededor de una hoguera, como si fuera el protagonista de un cuento de brujas, era Lexort, capitán de los ejércitos del rey; artífice del asedio a Aindhe y de toda la campaña militar casi en exclusiva.

Era la persona que durante los últimos años había odiado, y temido, por encima de todo, pues en su nombre fueron ejecutados los hermanos de la orden que pertenecían al territorio donde él ejercía su ministerio como Shaidaren. Sus soldados fueron, además, los que ejecutaron la masacre en las aldeas de su dominio para controlar la revuelta campesina al tomar la ciudad, durante la guerra de sucesión. Unos recuerdos que lo perseguían, atormentándolo noche tras noche.

Desde que estuvo al corriente de su identidad, evitó por todos los medios atraer su atención por el temor de ser identificado; un sentimiento compartido por todos los demás. De las miradas furtivas y el comportamiento de los que estaban bajo sus órdenes, se vislumbraba su terror. Ninguno quería ser el objeto de las iras del capitán, al cual llamaban en secreto Lexort, el cruel.

En cuanto a su superior, había empeorado y las hierbas no surtían el efecto esperado. Eithem pensaba que lo que realmente necesitaba era una cama, descansar profundamente y un buen fuego en el hogar con el que dar calor a sus cansados huesos.

Con respecto a su otra paciente seguía inconsciente. En sueños hablaba un idioma extranjero que no lograba entender. No tardó en darse cuenta a la luz del día que aquella mujer no era humana, era una elfa. Pero no era una elfa común, tenía rasgos que no eran propios de esta raza, lo que hacía pensar que era mestiza, aunque no sabía mucho de este pueblo para asegurarlo categóricamente. Este hecho le inquietaba sobremanera.

Había oído hablar de las incursiones militares que se habían hecho al sur oeste del país, en los bosques de Inerduim, para aplastar a los últimos

detractores del régimen de Bernark. Posiblemente sería la tierra de donde perteneciera la elfa. Por lo que si querían mantenerla con vida era porque tenía información esencial. Era una prisionera, pues si no ¿por qué había dejado de comer voluntariamente? “No quería llegar viva a Laidan” era el pensamiento más obvio.

Se enfrentaba a un duro dilema: como clérigo y sanador debía salvarla. Como hombre, que había visto lo que eran capaces de hacer los soldados del duque, estaba seguro de que lo que le esperaba en la capital era mucho peor que la muerte.

Preparó un veneno, después de incontables horas meditándolo, para terminar lo que ella había comenzado. Le venía una y otra vez a la mente aquella muchacha. Aquella que le suplicó que la salvase y a la que le dio la espalda.

Pero fue incapaz de suministrárselo. No podía, aunque fuese lo más piadoso. No podía ser su ejecutor. Era un cobarde. Tenía miedo a la muerte y al castigo divino. No lo hacía por ella; lo hacía por él y se asqueaba de sí mismo.

No obstante, no tuvo mucho tiempo para regodearse en sus propias tribulaciones, pues el sabio Pott, tuvo un grave episodio de fiebre que lo mantuvo lejos de la elfa durante el resto del viaje.

Para bien o para mal.

Al séptimo día llegaron a Laidan, capital de Dassellnhom, tal y como estaba previsto. Unas semanas después se celebraría el primer día de la primavera y ya se notaba el ambiente festivo mientras sus ciudadanos se preparaban para las fiestas.

Laidan era una gran ciudad, además de hermosa. Era toda una joya arquitectónica y de ingeniería por los palacios, los templos, las termas, los acueductos y hasta el alcantarillado que en ella se encontraban. Era una de las más populosas del país por ello sus edificios podían ser hasta de cuatro plantas. En el último año habían crecido, extramuros, rápidamente barrios de comerciantes extranjeros y humildes. Casi no quedaba rastro de las huellas que dejó la guerra de sucesión.

Entraron por la puerta sur. A la cabeza de la caravana se situaron los cinco caballeros. Sin muchos problemas atravesaron la ciudad hasta el palacio real, dentro de la amurallada zona noble, que estaba en una elevación de terreno.

Era evidente que se esperaba su llegada pues las grandes vías estaban despejadas de transeúntes y el despliegue militar era impresionante.

Casi al final de su camino la comitiva se dividió en dos. Gran parte de los carros, seguramente la recaudación de impuestos, fueron custodiados por la mayoría de los guardias y se dirigieron a los edificios de la administración real. Los demás, cuatro en total en el que se incluía el suyo, continuaron por el camino que llevaba a palacio precedidos por los cinco caballeros.